

—Habla usted como un libro, joven Aramis. Vamos al caso. Pero conste que soy de los que no admiten el plagio, ni atenuado siquiera. Ahora, lo que es seguro que ha sido coincidencia y no imitación ni copia, eso claro está que lo absuelvo. Así, v. gr., para mí no pierden nada *La Courtisane amoureuse*, de Lafontaine, ni Manon Lescaut, Marion Dêlorme y Margarita Gauthier, porque en el teatro indio se haya encontrado un drama antiguo, atribuido al rey Çûdraka, y titulado *Mriquiakatikâ*, en el cual hay una *horizontal* de muy buen corazón, llamada *Vasantasena*, que, según dicen, es la primera y acaso la mejor edición de la pecadora redimida por el amor, etc., etc. Sería absurdo pensar que Alejandro Dumas copió su *Margarita de Vasantasena*. Todavía hay otro parecido más acentuado en el teatro japonés, en una comedia titulada *Kami-ya Giyè* (Giyè el papelero, como si dijéramos), en la cual se encuentra un argumento semejante en lo esencial al de *La Dama de las camelias*. O'Haré, una cantarina, es la querida de Giyè, que tiene mujer legítima, pero quiere hacer de su amada O'Haré una *mekakè*, ó su concubina legal. Esto cuesta dinero, porque es cosa cara el librar á la pobre cantante de su baja condición de *ghesha*, ó meretriz de inferior categoría. El papelero quiere empeñarse para alcanzar su propósito, y entonces inter-

viene su padre, que recurre á la generosidad de la cortesana y consigue que ésta se haga despreciar de su amante, para que Giyè vuelva al buen camino. ¿Qué diría Bonafoux si una invención mía se pareciese á otra cualquiera, como se parece á esta comedia japonesa la famosa obra de Dumas? Y sin embargo, es absurdo suponer que el dramaturgo francés fué al Japón por su hermosísima figura Margarita Gauthier.

V

Y ahora vuelvo yo de Yedo, y como mejor proceda en derecho, digo:

Bonafoux asegura que cierta novela mía, titulada *La Regenta*, es plagio de *Madame Bovary*, y para ello se funda en que madame Bovary va una noche á un teatro con su marido y allí se encuentra con su amante, y no pasa en el teatro nada de particular; y en *La Regenta* también va la protagonista al teatro, y allí está un señor que la quiere decir que la adora, pero que todavía no se lo ha dicho. Tenemos como prueba de plagio, un teatro: teatro en *Madame Bovary*, teatro en *La Regenta*. Un marido: marido en *Madame Bovary*, marido en *La Regenta*; una esposa (id. id., id.); un amante en *Mada-*

me *Bovary*, un pretendiente *inconfeso* en *La Regenta*. Ese es el plagio, esa es la mala traducción de la novela de Flaubert.

Por lo visto, menos lince que Bonafoux, no han notado el plagio que él señala los muchos, muchísimos críticos españoles y extranjeros que se han dignado hablar de mi novela, que es tan mala como mía, pero tan mía como mala también.

Los periódicos franceses *Nouvelle Revue*, *Revue Britannique*, *Revue du monde latin*, *Le Temps*, etc., etc., que se han dignado hablar, algunos muy por largo, y con elogios absurdos, por lo inmerecidos, de ese plagio mío, no han leído, por las señas, la obra maestra de Flaubert, pues ninguno de ellos ve parecidos, ni plagios mucho menos.

Dos escritores que en una competencia, para mí muy halagüeña, me han pedido permiso para traducir en francés *La Regenta*, tampoco deben de saber que *Madame Bovary* existe en el mundo. Lo mismo digo de los periódicos norteamericanos, italianos, portugueses, suizos etc., etc., que han dado cuenta del argumento de mi pobre novela. Sólo Bonafoux ha dicho: es plagio.

¡Cuántas novelas podría yo citarle, anteriores y posteriores á la de Flaubert, en que hay escenas de marido, amante y mujer en el teatro! Quinientas. Ahora mismo me acuerdo (y conste

que yo leo pocas novelas), me acuerdo de *Guerra y Paz*, de Tolstoi, en que á cada momento se va al teatro la acción; *Ana Karenine*, del mismo Tolstoi; *Mensonges*, de Paul Bourget; *El Primo Basilio*, de Eça de Queiroz... ¡qué sé yo!

En *Madame Bovary* la escena del teatro es un episodio insignificante, de los de menos relieve; en mi novela es un largo capítulo en que se estudia el alma de *La Regenta* por muchos lados, un capítulo de los principales para la acción *interna* del libro; además, Flaubert no se propone pintar el teatro de provincia en este episodio de su novela, y yo en el mío sí, y como Dios me da á entender, describo el *coliseo* de mi pueblo sin acordarme de que hay Flaubert en el mundo, y recordando sólo mil pormenores y accidentes históricos almacenados en mi memoria, enamorada de los años de la infancia y de la primera juventud.

Otrosí: contestando yo á una carta cariñosa del gran poeta Zorrilla, le decía que iba á señalar mi gran admiración á su *Don Juan Tenorio* en un largo capítulo de mi primera novela, y, en efecto, así fué. Pero hay más. La idea de pintar el efecto que produce en un alma de cierto temple poético el *Don Juan*, de Zorrilla, visto por primera vez en la plena juventud, no es original de Clarín, Sr. Bonafoux; pero no la tomé

de Flaubert. En *Madame Bovary* la representación de *Lucia* poco ó nada importa al autor ni á la protagonista, y apenas se habla de ella. Algo más parecido á lo que sucede en *La Regenta* se puede ver en *Miss Broun*, de la ilustre Violeta Paget (Vernon Leë). Pero la novela inglesa se publicó dos años después que *La Regenta*. No obstante, según el sistema de los plagios proféticos de Bonafoux, puedo yo haber plagiado á Vernon Lee: la tomé de la realidad. La digna y joven esposa de un pintor notable vió por primera vez el *Don Juan* casada ya, y un amigo mío, Félix Aramburu, poeta y notable escritor de Derecho penal, fúé quien observó la admiración interesante, simpática y significativa que aquella dama experimentó, y que quería comunicar á otros espectadores, incapaces de gustar toda la fresca y brillante hermosura del drama de Zorrilla, que sabían de memoria; á mi amigo Aramburu debo el *original* de este *apunte*, y á mi propio la ocurrencia, feliz ó infeliz, de aprovecharlo.

Cuando escribí este capítulo del teatro no pensaba en madama Bovary ni con cien leguas; diez ó doce años hacía que la había leído. Pero aunque me hubiera acordado de ella, sin el menor escrúpulo hubiera escrito todo lo escrito; pues, en efecto, no hay parecido ni remoto en lo que llama Bonafoux plagio. Ni por el propósito, ni

por el asunto, ni por la forma, ni por la importancia en la economía de la obra, hay analogía de ninguna clase. Léanse ambos episodios, y se podrá ver más claro lo que digo. Siempre me encontrará Bonafoux copiando... lo que veo, pero no lo que leo.

Según Aramis, también he copiado á madama Bovary en mi cuento *Zurita*. También *Zurita* y compañía se está traduciendo en francés, de modo que así volverá á la nación de su origen, según *Aramis*. Aquiles Zurita, según él, es Carlos Bovary. ¿Saben ustedes por qué son idénticos?—Por lo siguiente: Aquiles Zurita, alumno del doctorado de Filosofía y Letras en Madrid, se presenta en una cátedra de Historia de la Filosofía, y el profesor le pregunta cómo se llama. El nombre de Aquiles hace reír y alborotar á los estudiantes, que celebran los chistes del catedrático á costa de Zurita, y se permiten disparar contra su humilde condiscípulo bolitas de papel. Carlos Bovary, que por lo demás no se parece en nada á Zurita (y esto no lo negará Bonafoux, como no sea loco de remate); Carlos Bovary entra en un aula de latín en no recuerdo qué poblachón normando; el dómine le pregunta su nombre, y el pollancón palurdo, descompuesto, lleno de vergüenza, balucea, de mala manera, sin que se le entiendan, las sílabas de su nombre y apellido; el profesor castiga

á toda la clase porque ríe y alborota, y al recién venido le castiga también por su falta de desparpajo. Y ¡oh colmo del plagio! también los condiscípulos del Bovary saben que uno de los modos de divertirse á costa del prójimo en clase es disparar bolitas de papel; pero éstos, además, aúllan, ladran, patalean. Otrosí: las bolitas de papel que los condiscípulos de Bovary arrojan con la punta de la pluma están mojadas, porque el autor dice: «de temps à autre, quelque boulette de papier lancée d'un bec de plume, qui vint s'éclabousser sur sa figure. Mais il s'essuyait avec le main, et demeurait immobile, les yeux baissés...»

Y ahora se me ocurre una cosa. Las bromas, pesadas ó no darlas. Voy á copiar *todo el plagio*; el texto francés de *Madame Bovary* y el texto del robo; el lector verá hasta qué punto soy yo ladrón, aunque no nocturno ni en despojado, porque la verdad es que robarle á Flaubert las primeras páginas de su obra maestra, es como robarle al Papa la mula cuando celebra de pontifical y bendice al mundo. Apenas se enteraría nadie. Indudablemente, si el Sr. Bonafoux no fuera tan erudito, ¿quién hubiera dado con mi plagio?

Y dice Flaubert:

MADAME BOVARY

Nous étions à l'étude, quand le proviseur entra, suivi d'un *nouveau* habillé en bourgeois et d'un garçon de classe qui portait un grand pupitre. Ceux qui dormaient se réveillèrent, et chacun se leva comme surpris dans son travail.

Le proviseur nous fit signe de nous rasseoir, puis, se tournant vers le maître d'étude:

— Monsieur Roger, lui dit-il à demi-voix: voici un élève que je vous recommande, il entre en cinquième. Si son travail et sa conduite sont méritoires, il passera dans les grands, où l'appelle son âge.

Resté dans l'angle derrière la porte, si bien qu'on l'apercevait à peine, le nouveau était un gars de la campagne, d'une quinzaine d'années environ, et plus haut de taille qu'aucun de nous tous. Il avait les cheveux coupés droit sur le front, comme un chantre de village, l'air raisonnable et fort embarrassé. Quoiqu'il ne fût pas large des épaules, son habit-veste de drap vert à boutons noirs devait le gêner aux entournures, et laissait voir, par la fente des parements, des poignets rouges habitués à être nus. Ses jambes, en bas bleus, sortaient d'un pantalon jaunâtre très-tiré par les bretelles. Il était chaussé de souliers forts, mal cirés, garnis de clous.

On commença la recitation des leçons. Il les écouta de toutes ses oreilles, attentif comme au sermon, n'osant même croiser les cuisses ni s'appuyer sur le coude; et, à deux heures, quand la cloche sonna, le maître d'études fut obligé de l'avertir, pour qu'il se mit avec nous dans les rangs.

Nous avions l'habitude, en entrant en classe, de jeter nos casquettes par terre à fin d'avoir ensuite nos mains plus libres; il fallait dès le seuil de la porte, les lancer sous le banc, de façon à frapper contre la muraille en faisant beaucoup de poussière; c'était-là le genre. Mais soit qu'il n'eût pas remarqué cette manœuvre, ou qu'il n'eût osé s'y soumettre, la prière était finie que le nouveau tenait encore sa casquette sur ses deux genoux.

C'était une de ces coiffures d'ordre composite, où l'on retrouve les éléments du bonnet à poil, du chapska, du chapeau rond, de la casquette de loutre et du bonnet de coton, une de ces pauvres choses, en fin, dont la laideur muette a des profondeurs d'expression comme le visage d'un imbécile. Ovoïde et renflée de baleines elle commençait par trois boudins circulaires, puis s'alternaient, séparés par une bande rouge, des losanges de velours et de poils de lapin; venait ensuite une façon de sac qui se terminait par un polygone cartonné, couvert d'un broderie en soutache compliquée, et d'où pendait, au bout d'un long cordon trop mince, un petit croisillon de fils d'or, en manière de gland. Elle était neuve; la visière brillait.

—Levez-vous, dit le professeur.

Il se leva; sa casquette tomba. Toute la classe se mit à rire.

Il se baissa pour la reprendre. Un voisin la fit tomber d'un coup de coude, il la ramassa encore une fois.

—Debarrassez-vous donc de votre casque, dit le professeur, qui était un homme d'esprit.

Il y eut un rire éclatant des écoliers qui discontentançà le pauvre garçon, si bien qu'il ne savait s'il fallait garder sa casquette à la main,

la laisser par terre ou la maitre sur sa tête. Il se rassit et la posa sur ser genoux.

—Levez-vous, reprit le professeur, et dites-moi votre nom.

Le nouveau articula, d'une voix bredouillante, un nom inintelligible.

—Répétez!

Le même bredouillement de syllabes se fit entendre couvert par les huées de la classe.

—Plus haut, cria le maitre, plus haut!

Le nouveau prenant alors une résolution extrême, ouvrit une bouche démesurée et lança à pleins poumons, comme pour appeler quelqu'un, ce mot: Charbovari!

Ce fût un vacarme qui s'élança d'un bond, monta en crescendo, avec des éclats de voix aigus (on hurlait, on aboyait, on trépignait, on répétait: Charbovari, Charbovari!), puis qui roula en notes isolées, se calmant à grand'peine et parfois qui reprenait tout à coup sur la ligne d'un banc où saillissait encore ça et là, comme un pétard mal éteint, quelque rire étouffé.

Cependant, sous la pluie des pensums, l'ordre peu à peu se retablit dans la classe, et le professeur, parvenu à saisir le nom de Charles Bovary, se l'étant fait dicter, épeler et relire, commanda tout de suite au pauvre diable d'aller s'asseoir sur le banc de paresse, au pied de la chaire. Il se mit en mouvement, mais, avant de partir, hésita.

—Que cherchez-vous? demanda le professeur.

—Ma cas..., fit timidement le nouveau, promenant au tour de lui des regards inquiets.

—Cinq cents vers à toute la classe! exclamé d'une voix furieuse, arrêta, comme le *Quos ego*, une bourrasque nouvelle. Restez donc tranquilles! continuait le professeur indigné, et s'essu-

yant le front avec son mouchoir qu'il venait de prendre dans sa toque. Quant à vous, le nouveau, vous me copierez ving fois le verbe *ridiculus sum*. Puis, d'une voix plus douce:

—Eh! vous la retrouverez votre casquete; on ne vous l'a pas volée.

Tout reprit son calme. Les têtes se courbèrent sur les cartons, et le nouveau resta pendant deux heures dans une tenue exemplaire, quoiqu'il y eût bien, de temps à autre quelque boulette de papier lancée d'un bec de plume qui vint s'éclabousser sur sa figure. Mais il s'essuyait avec la main, et demeurait immobile, les yeux baissés.

Hasta aquí M. Flaubert. Ahora allá va *Clarín* con el robo entre las manos.—Y digo yo (*Pipá* —Zurita.—I, pág. 369):

—«¿Cómo se llama usted? preguntó el catedrático, que usaba anteojos de cristal ahumado y bigotes de medio punto, erizados, de un castaño claro.

Una voz que temblaba como la hoja en el árbol, respondió en el fondo del aula, desde el banco más alto, cerca del techo:

—Zurita, para servir á usted.

—Ese es el apellido; yo pregunto por el nombre.

Hubo un momento de silencio. La cátedra, que se aburría con los ordinarios preliminares de su tarea, vió un elemento dramático, probablemente cómico, en aquel diálogo que provo-

caba el profesor con un desconocido que tenía voz de niño llorón.

Zurita tardaba en contestar.

—¿No sabe usted cómo se llama? gritó el catedrático, buscando al estudiante tímido con aquel par de agujeros negros que tenía en el rostro.

—Aquiles Zurita.

Carcajada general, prolongada con el santo propósito de molestar al paciente y alterar el orden.

—¿Aquiles ha dicho usted?

—Sí... señor; respondió la voz de arriba, con señales de arrepentimiento en el tono.

—¿Es usted el hijo de Peleo? preguntó muy serio el profesor.

—No, señor, contestó el estudiante cuando se lo permitió la algazara que produjo la gracia del maestro. Y sonriendo, como burlándose de sí mismo, de su nombre y hasta de su señor padre, añadió con rostro de jovialidad lastimosa:

—Mi padre era alcarreño.

Nuevo estrépito, carcajadas, gritos, patadas en los bancos, bolitas de papel que buscan, en gracioso giro por el espacio, las narices del hijo de Peleo.

El pobre Zurita dejó pasar el chubasco, tranquilo, como un hombre empapado en agua ve caer un aguacero. Era bachiller en Artes, había

cursado la carrera del Notariado, y estaba terminando con el doctorado la de Filosofía y Letras; y todo esto suponía multitud de cursos y asignaturas, y á cada asignatura había ocasión para bromas por el estilo, al pasar lista por primera vez el catedrático. ¡Las veces que se habían reído de él porque se llamaba Aquiles! Ya se reía él también; y aunque siempre procuraba retardar el momento de la vergonzosa declaración, sabía que al cabo tenía que llegar, y lo esperaba con toda la filosofía estoica que había estudiado en Séneca, á quien sabía casi de memoria, y en latín, por supuesto. Lo de preguntarle si era hijo de Peleo era nuevo, y le hizo gracia.

Bien se conocía que aquel profesor era una eminencia de Madrid. En Valencia, donde él había estudiado los años anteriores, no tenían aquellas ocurrencias los señores catedráticos.

Zurita no se parecía al vencedor de Héctor, según nos le figuramos, de acuerdo con los datos de la poesía.

Nada menos épico ni digno de ser cantado por Homero, que la figurilla de Zurita. Era bajo y delgado; su cara podía servir de puño de paraguas, reemplazando la cabeza de un perro ventajosamente. No era lampiño, como debiera, sino que tenía un archipiélago de barbas, pálidas y secas, sembrado por las mejillas enjutas.

Algo más pobladas las cejas, se contraían constantemente en arrugas nerviosas; y con esto, y el titilar continuo de los ojillos amarillentos, el gesto que daba carácter al rostro de Aquiles, era una especie de *resol ideal* esparcido por ojos y frente; parecía, en efecto, perpetuamente deslumbrado por una luz muy viva que le hería de cara, le lastimaba y le obligaba á inclinar la cabeza, cerrar los ojos convulsos y arrugar las cejas. Así vivía Zurita; deslumbrado por todo lo que quería deslumbrarle, admirándolo todo, creyendo en cuantas grandezas le anunciaban, viendo hombres superiores en cuantos metían ruido, admitiendo todo lo bueno que sus muchos profesores le habían dicho de la antigüedad, del progreso, del pasado, del porvenir, de la historia, de la filosofía, de la fe, de la razón, de la poesía, de la crematística, de cuanto Dios crió, de cuanto inventaron los hombres. Todo era grande en el mundo menos él. Todos oían el himno de los astros que descubrió Pitágoras; sólo él, Aquiles Zurita, estaba privado, por sordera intelectual, de saborear aquella delicia; pero en compensación tenía el consuelo de gozar con la fe de creer que los demás oían los cánticos celestes.

No había acabado de decir su chiste el profesor de las gafas, y ya Zurita se lo había perdonado.

Y no era que le gustase que se burlaran de él, no; lo sentía muchísimo; le complacía vivamente agradar al mundo entero: mas otra cosa era aborrecer al prójimo por burla de más ó de menos. Esto estaba prohibido en la parte segunda de la *Ética*, cap. III, sección cuarta.

El catedrático de los ojos malos, que tenía diferente idea de la sección cuarta del cap. III de la segunda parte de la *Ética*, quiso continuar la broma de aquella tarde á costa del Aquiles alcarreño, y en cuanto llegó la ocasión de las preguntas, se volvió á Zurita y le dijo:

—A ver, el Sr. D. Aquiles Zurita. Hágame usted el favor de decirme, para que podamos entrar en nuestra materia con fundamento propio: ¿Qué entiende usted por conocimiento?

Aquiles se incorporó, y tropezó con la cabeza en el techo; se desconchó éste, y la cal cubrió el pelo y las orejas del estudiante. (Risas.)

—Conocimiento... conocimiento... es... Yo he estudiado *Metafísica* en Valencia...

—Bueno, pues... diga usted: ¿qué es conocimiento en Valencia?

La cátedra estalló en una carcajada; el profesor tomó una cómica seriedad, que usaba cuando se sentía muy satisfecho. Aquiles se quedó triste. Se estaba burlando de él, y esto no era propio de una eminencia.

Mientras el profesor pasaba á otro alumno

para contener á los revoltosos, á quien sus gracias habían soliviantado, Zurita se quedó meditando con amargura. Lo que él sentía era tener que juzgar de modo poco favorable á una eminencia como aquella de los anteojos. ¡Cuántas veces, allá en Valencia, había saboreado los libros de aquel sabio, leyéndolos entre líneas, penetrando hasta la medula de su pensamiento!

Tal vez no había cinco españoles que hubieran hecho lo mismo. ¡Y ahora la eminencia, sin conocerle, se burlaba de él porque tenía la voz débil y porque había estudiado en Valencia, y porque se llamaba Aquiles, por culpa de su señor padre, que había sido amanuense de Hermosilla!»

Ahi tienen ustedes el robo. Fácil es ver que Zurita se parece á Carlos Bovary como una gota á otra gota, ó como un huevo á una castaña. Vayan comparando circunstancias con circunstancias, situación con situación, propósito con propósito, y... resultará que el único parecido está en las bolas de papel.

Pero, venga acá el Sr. Bonafoux: ¿no ha visto él pasajes análogos al de Zurita y al de madame Bovary en obras anteriores á una y á otra? Esto de reirse los estudiantes de un novato ¿no es cosa antigua en las letras y en la realidad? Zurita no es novato en rigor, pues en

nuestras Universidades á ningún estudiante de un doctorado se le considera como tal, venga de donde venga; y si se ríen de Zurita es por el contraste de su nombre heroico con su figura, y por las gracias, histórica alguna, del catedrático.

Pero de todos modos, si Flaubert me inspiró á mí (que no hay tal cosa), ¿no pudo inspirarle á él, ó á los dos, Quevedo, v. gr., en el cap. V de *El Gran Tacaño*: «De la entrada de Alcalá, patente y burlas que me hicieron por nuevo?»

Cierto que los estudiantes de la Complutense no arrojaban sobre la persona del mísero Pablo bolitas de papel, pero sí algo blanco y que también se pegaba al cuerpo como las bolas de Bovary, y que había que limpiar ó enjugar también.

¿Dirá por esto nadie que Flaubert tomó su escena de Quevedo? No, es claro; pues yo tampoco. Ni de Quevedo ni de Flaubert.

Tomélo todo de lo que vi y de lo que añadí imaginando y componiendo. Mi *Aquiles Zurita* es un caballero tan honrado como sencillo, que vive, y no lejos de mí, y no puedo nombrarle por mil razones; esto poco puedo decirlo porque supongo que él no leerá papeles míos de *vaga y amena* literatura; pero dar más señas es ilícito. El profesor de mi cuento existió también, y el chiste, ó lo que sea, de «lo que es conocimien-

to en Valencia,» es rigurosamente histórico. Por lo demás, mi *Zurita* tiene por objeto pintar dos clases de filósofos de escalera abajo, dos *ebionitas* de la filosofía krausista-española, por decirlo así. ¡Bien pensaba yo en Carlos Bovary al retratar mi catedrático de Psicología, Lógica y Ética! Dados el carácter y la vida y obras de Zurita, el comenzar su historia presentándole en cátedra, era lógico; la perspectiva ideal lo aconsejaba; Carlos Bovary podía haberse aparecido al lector, lo mismo que en una clase de latín ó lo que fuera, en cualquier otro escenario; en adelante, nada tendrá que ver con la enseñanza, ni con la ciencia, ni con nada de eso. Carlos Bovary, *per se*, no se parece absolutamente en nada en toda la novela á Zurita; *per accidens*, se parece lo poquísimo que se parezca, si eso es parecerse, en lo que ustedes han visto.

Y ahora, Sr. Bonafoux: ¿qué se le figurará á usted que pienso yo de un hombre que me acusa de plagiarlo, y me cita escenas, situaciones y personajes que yo he tomado de la realidad, y me los hace sacar de escenas, situaciones y personajes que, nada unos, y casi nada otros, se parecen á los míos? ¿Y qué pensaré de quien me acusa de haber copiado páginas de un libro que se publicó un año después que aquel en que yo copio?